

La División del Norte o los signos improbables de una revolución posible

*René Rivera Huerta**

Concebido durante un encuentro bélico entre dos mundos totalmente distintos, el México independiente se gestaría durante los trescientos años que constituirían la Colonia española, lo cual dio como resultado un país con una identidad confusa, con una sociedad que se encuentra en el precario equilibrio, consecuencia de una desigualdad profunda, que, a la vez, generaría un sentimiento que constituiría, al final, el motor de la historia de nuestro pueblo.

El resultado de esta dinámica sería una sociedad dividida en dos capas sociales que no se mezclan y que se desprecian mutuamente, dos capas que no hacen el menor esfuerzo para comprenderse y que, al contrario, se miran como obstáculo para su propio bienestar. En un ambiente así, no es extraño que el mexicano haya evolucionado hacia el ser que Octavio Paz describió como receloso, cerrado y consecuentemente solo, un ser cuya inmadurez lo obliga a centrarse y confiar sólo en su clase social, su estatus económico o su entorno familiar. Así, no sería erróneo entender a todos los movimientos armados –desde la revolución agraria de Morelos hasta la violenta explosión del narcotráfico de los últimos años– como un esfuerzo inconsciente e inútil del mexicano para restablecer el equilibrio original; equilibrio que se perdió con la Conquista, desde antes de nacer.

De todos los movimientos sociales, quizá el más estudiado –tanto por su importancia como por su cercanía histórica– ha sido el movimiento armado de la Revolución mexicana, el cual nace, por supuesto, como fruto de la desigualdad, pero también como una resistencia natural a las reformas puestas en práctica por los

* El autor agradece los comentarios y sugerencias de Arturo Torres y Milagros Koteich, quienes se prestaron gentilmente a leer una versión previa del presente trabajo.

liberales a finales del siglo XIX e inicios del XX; reformas netamente modernizadoras pero que no tenían nada que ver con el espíritu original del mexicano. La Revolución sería parcialmente explosión liberadora, *desmadre* desatado por el afán de volver al estado original, al añorado paraíso abruptamente alterado por dichas reformas. Sin embargo, reducir la Revolución a una fiesta lujuriosa, a una gigantesca borrachera de sangre y comunión –como de hecho lo sugiere Paz– es, cuando menos, exagerado: al contrario, durante la Revolución las ideas fluyeron continua y abundantemente; el problema fue que ninguna de las facciones que la constituyeron se mostró capaz de sintetizar, para bien, las diversas corrientes en una sola. Así, el movimiento que debería restablecer el equilibrio social finalizó por convertirse en la más grande guerra civil que México haya conocido.

Con todo, fue en esta vorágine del caos que un episodio alentador surgió, en el que dos mexicanos se contemplaron desde su diferencia con curiosidad, quizá con extrañeza, pero con el respeto que da el deseo de entender al otro, que, diverso en sus orígenes, compartía un mismo objetivo. En nuestra larga historia de confrontaciones, la comprensión ha sido un fenómeno asaz raro, pero cuando ha aparecido ha logrado señalar su tiempo a pesar de su fugacidad y, sobre todo, de su singularidad (de ahí su importancia y de ahí el porqué de que sus historias deben ser preservadas). Porque ¿de qué modo sino como *singular* es posible definir a la mancuerna histórica formada por Felipe Ángeles y Francisco Villa? ¿Y de qué forma sino como *trascendente* es posible definir este episodio que, a pesar de su brevedad, pudo dejar una traza en el futuro?

De todos los caudillos de la Revolución, Villa es quien representa mejor la rebelión violenta, casi orgánica, de los marginados contra un sistema que los rechaza. Representa el desafío directo del débil frente al poderoso para defender su tierra y su familia, valores siempre caros en el imaginario popular. Audaz, justiciero, mujeriego, vengador de los pobres; los atributos de los que Villa carecía, el pueblo se los añadiría gratuitamente para completar la leyenda que su esperanza necesitaba.

Con una educación mucho menos que básica –aún está en discusión si sabía leer al inicio de la Revolución–, Villa creció y se formó en la sierra, alternando actividades legales con ilegales sin ser apenas consciente de ello. Se diferenciaba así de la mayoría de los jefes revolucionarios porque carecía de un pasado político. En este sentido no se asemeja ni siquiera a Zapata, agricultor establecido y representante político de una comunidad con una herencia cultural milenaria. No, Francisco Villa se cuece aparte, es un marginado entre los marginados, es el más puro ejemplo del desarraigo. Y, sin embargo, algo debería tener para que Abraham González se preocupara de rescatarlo para la historia y para que, posteriormente, líderes sociales de la talla de Calixto Contreras o Toribio Ortega lo eligieran jefe supremo de aquel ejército que pasaría a la historia con el nombre de la División del Norte.

Felipe Ángeles representa también un arquetipo, pero uno mucho más etéreo y complejo que aquél de Villa. Su figura melancólica cruza la historia despertando interrogantes y creando confusión entre los diversos estudiosos que de él se ocupan. Ciertamente, como dice Adolfo Gilly, Ángeles parece encarnar un ideal que viene desde antes y continuará después.

Porque Felipe Ángeles era la antítesis de Villa a grados casi absurdos. Perteneciente a una entonces rara clase media y descendiente de una familia con tradición militar, Ángeles es destinado al Colegio Militar donde se distingue en matemáticas, artillería y mecánica analítica; sobresale en sus estudios al grado de que se permite impartir lecciones aun antes de graduarse. Estudiaría posteriormente en Estados Unidos y Francia. Humanista, político y filósofo practicante, llevaría el concepto del honor militar a sus límites. Su honradez excepcional le granjearía muchos enemigos y poco dinero, al punto de que años más tarde al morir fusilado, después de una farsa de proceso, el general Ángeles ni siquiera sería dueño del traje con el que sería enterrado.

El inicio de la revolución maderista sorprendería al entonces coronel Ángeles en Francia, ocupado en alguno de los tantos cursos de especialización que en su vida seguiría. A su retorno a México, una vez consumada la primera etapa de la rebelión, se

convertiría en fiel partidario de Madero. Es entonces que, al ser designado para combatir a los zapatistas, sustituye las masacres de Juvencio Robles por un militarismo más humano.

El respeto que se ganaría entre los zapatistas como militar y hombre de honor le permitiría, más adelante, asegurar la participación del zapatismo en la convención de Aguascalientes. Sería ahí, en Morelos, donde por primera vez entrara en contacto con la pobreza y, así, no pudo menos que sentir respeto y simpatía por la causa sureña. Posteriormente, escribiría:

¿Tiene derecho la sociedad que ampara los despojos de los privilegiados contra los pueblos y los desheredados; tiene derecho la sociedad que permite el asesinato ejecutado por los jefes militares en las personas de los humildes indios, víctimas de bajas y viles intrigas; tiene derecho la sociedad que no ve con horror el derecho de las poblaciones, la conversión de los templos en cuarteles y caballerizas, que ve impasible que los indios sean expulsados de sus hogares y anden errantes por los bosques como fieras; tiene derecho esa sociedad a reprochar a los zapatistas que hagan una guerra sin cuartel a sus verdugos y que caigan a media noche sobre un campamento de soldados ahogados por el alcohol y los sacrifiquen? [...] No tiene derecho la sociedad. Es justificada la actitud de los zapatistas [Felipe Ángeles, citado por Rosas, 2006].

Sus posteriores experiencias con la División del Norte, su vida como obrero en el destierro, pero sobre todo aquella fuerte voluntad de entender, que tanta impresión haría sobre Rosa King, lo llevarían años más tarde a declararse socialista.

Cabría preguntarse qué pensaría Villa, el eterno guerrillero, todo audacia y astucia, de este brillante militar de carrera y hombre de honor que era Ángeles. No lo entendería de inmediato pero tampoco, sin duda, sería insensible a sus virtudes. “¿Usted cree que haya otro –diría en una entrevista, ya en su retiro en Canutillo– que haya querido más que el general Ángeles?” (Regino Hernández Llergo citado por Taibo II, 2006:792).¹

¹ La obra de Regino Hernández Llergo es “Una semana con Francisco Villa en Canutillo”, *El Universal*, 12 a 18 de junio de 1922, México.

El golpe de Estado dirigido por Huerta decide el asesinato de Madero y, dada su lealtad hacia éste, determina igualmente el destierro de Ángeles. Nuevamente en Francia, a la primera oportunidad, el general escapa y entra en contacto con la nueva ola de la Revolución comandada entonces por Venustiano Carranza. Sin embargo, por su pasado porfirista y por el recelo que causa en los mandos militares sonorenses, el general Ángeles es condenado al ostracismo. Es de ahí que, con el pretexto de que necesitaba hombres para su artillería, Villa lo reclama y Carranza sin objetar se lo cede. Sobre esto Pancho diría:

Sabía yo que al general Ángeles lo tenían arrumbado en Sonora por las desconfianzas y celos de Obregón, que temía empañarse en sus campañas si llevaba cerca grandes hombres militares, por lo cual estíme seguro que el Primer Jefe me lo mandaría y comprendí que era aquel, el artillero que yo necesitaba. Es decir, que la razón de ser Felipe Ángeles hombre de muchos conocimientos tocantes a la guerra, mala para Obregón, era razón buena para mí [Francisco Villa citado por Rosas, 2002:74].

Ángeles se presentaría ante el comandante en jefe de la División del Norte con cuatro oficiales y un lacónico: "Mi General, vengo a ponerme a sus ordenes".

¿Qué podía unir a estos dos hombres tan extraordinariamente diversos? En efecto, las diferencias entre ambos generales parecen ser tan abismales que parecerían saltar sobre cualquier similitud: el idealista Ángeles, que busca una transformación gradual y constante de la sociedad, que busca la solución en la conciliación, no parece semejarse en nada a Villa, que parece ver, en la destrucción del enemigo, la preservación propia y la de su pueblo, una actitud quizá consecuencia de su propia experiencia con el poder en turno, quizá reflejo de una necesidad absoluta de preservar su propia identidad... ¿Qué, pues, los hace coincidir y cooperar?

Su amistad y unión se podría explicar, en parte, por la simpatía que rayaba en veneración que ambos sienten por Madero, su mentor; se entiende también por la cercanía de ambos –cada quien a su modo– hacia el pueblo, y se explica por la confianza casi fanática de ambos por la educación. No obstante, el entendimiento final parte sin duda del absoluto convencimiento sobre la mutua sinceridad hacia sus respectivas causas, y la comprensión y aprecio de su respectiva capacidad de acción y valía personal que trasciende sus orígenes. Esto es lo que parece decir Ángeles cuando, en su “Autodefensa”, cansado de la acusación constante de su subordinación a Villa, catalogado por sus acusadores como un ladrón, como un ignorante, como un *robavacas* responde:

Me entristece pensar que entre todo el montón de intelectuales del país, no haya un hombre de las energías de Villa que, a diferencia de Villa que no puede entender la democracia por insuficiente cultura, sea capaz de salvarlos del pertinaz azote de la dictadura que tiene encorvadas las espaldas de los mexicanos [Ángeles, 2008:252].

Al final, lo importante, lo rescatable es que sería de la unión de estos dos hombres tan dispares de donde se engendrarían algunos de los episodios militares y políticos más brillantes del movimiento revolucionario. Villa sería el líder innato capaz de agrupar a un grupo heterogéneo constituido de campesinos, vaqueros, mineros y ferrocarrileros en rebelión, de imponerles una disciplina que ni antes ni después se encontraría en los ejércitos populares. Ángeles le añadiría el toque mágico del arte de la guerra y de la estrategia política. Ésta sería la unión que permitiría el nacimiento de la División del Norte: el ejército popular más grande jamás creado en América Latina.

Francisco Villa se había distinguido como militar y organizador desde antes del arribo de Ángeles a la División del Norte. Las batallas de Torreón, Ciudad Juárez y Tierra Blanca, así como su breve paso por la gobernatura de Chihuahua le habían dado fama de jefe audaz y de múltiples recursos. A base de movimientos rápidos, sorpresas nocturnas y ataques violentos de caballería, había

derrotado a los ejércitos federales varias veces. Sin embargo, el auxilio de la artillería y la estrategia de Ángeles coincidirían con el inicio de las grandes batallas: la segunda toma de Torreón, San Pedro de las Colonias, Paredón y, sobre todo, Zacatecas. Así, esta última pasaría a la historia no sólo como la batalla que rompería definitivamente la espina dorsal de las fuerzas federales, sino también como una muestra del más puro arte militar. Sería –según aquellos que de estrategia y táctica entienden– una perfecta coordinación de artillería, caballería e infantería, así como de un correcto uso de las reservas.

La construcción de la política de la División del Norte fue también un esfuerzo de los dos generales. Ante las crecientes distancias entre Carranza y Villa, el general Ángeles se decantaría por este último. Su naturaleza nunca congeniaría con la del llamado Primer Jefe, que se distinguía por un carácter oscuro e intrigante. Más adelante, Ángeles explicaría su papel en el rompimiento entre Villa y Carranza:

Yo redacté el telegrama que cruzó el rostro de Carranza [...] por mí fuimos a Zacatecas y vencimos finalmente a Huerta. Yo soy el culpable de que, desoyendo los despóticos mandatos de Carranza, hayamos ido a dar el último golpe de muerte a los huertistas; yo soy el culpable de haberle dicho a Carranza su miseria moral, su envidia, su falta de patriotismo, su ambición, su despotismo [Ángeles, 2008:252].²

Aun así, Ángeles nunca buscó la confrontación abierta. Lo suyo era más el diálogo. De ahí su activa participación en la organización de la Convención de Aguascalientes, último esfuerzo de los revolucionarios antes de llegar a la guerra civil. De ahí también su interés en incluir a las fuerzas zapatistas, despreciadas militarmente por las otras facciones de la Revolución, aunque, para hacerlo, haya tenido que ir a entrevistarse personalmente con sus antiguos rivales.

² Véase también Katz (1998:320).

En 1914, ante la negativa de Carranza de reconocer la Soberana Convención y, por tanto, abandonar el poder, la División del Norte –brazo armado de la Convención– se ve obligada a avanzar contra sus antiguos compañeros de armas y ocupar la ciudad de México. Las fuerzas populares, integradas por zapatistas y villistas, se encontraban en su cenit y controlaban prácticamente todo el territorio en armas con la notable excepción de Veracruz, Tampico y Monterrey, así como porciones importantes de Sonora y Jalisco. En aquel entonces, el triunfo de Villa es considerado, por una mayoría, sólo una cuestión de tiempo.

Es aquí, a un paso de la victoria, que comienza el alejamiento del comandante en jefe con su lugarteniente. En contra de los consejos de Ángeles, Villa ordena dividir fuerzas para cubrir la mayor parte posible del territorio, sin embargo, el descuido de la parte nuclear del ejército constitucionalista resultó estratégicamente un desastre: se dio un lapso que fue no sólo un respiro para las fuerzas enemigas, sino un espacio para la intriga y la traición. Y es entonces que Obregón, el mejor soldado del carrancismo, avanza buscando atraer a Villa al centro del país, y éste, desoyendo nuevamente los consejos de Ángeles, accede y presenta combate en un territorio que el enemigo había previamente escogido.

Cabe preguntarse, ¿qué lleva a Villa a desoír a su lugarteniente, acaso el viejo combatiente había perdido el instinto, sería, como algunos sugieren, que el general al frente de sus treinta y cinco mil hombres se había infatuado, sería en cambio, como otros sugieren, que era un general básicamente regional a quien el territorio nacional le quedaba grande, o acaso es, como llega a insinuar Gilly, que los celos hacia un brillante estratega como Ángeles hicieron que Villa quisiera mostrar independencia?³ Sea cual fuere la respuesta, al final sólo quedan los hechos: después de las cuatro grandes batallas del centro –las dos de Celaya, Santa Ana y Trinidad– la División del Norte había prácticamente desaparecido.

³ Una lectura complementaria e interesante de Ángeles puede verse en Gilly (1999).

Después de la derrota viene la inevitable separación. Ángeles va nuevamente al exilio, esta vez a Estados Unidos, donde se dedica a múltiples actividades de supervivencia. Intentaría –sin éxito, por supuesto– convertirse en un pequeño empresario agrícola en Texas. Trabajaría también como obrero en Nueva York. Pero sobre todo se dedicaría a lo que mejor sabía hacer: leer, estudiar, soñar y conspirar. Para un hombre como Ángeles, la teoría en la inacción necesariamente equivale a un tormento. Es entonces que decide volver a México con el fin de unificar a las facciones anticarrancistas e instaurar un sistema cuyas instituciones y derechos individuales funcionen; un sueño demasiado influido, quizá, por sus estancias en Estados Unidos y Europa. Es así que se explica que en 1918, ante un llamado de Villa, cruce el Río Bravo con el fin de concluir su revolución, con la sola compañía de un caballo que llevaba el simbólico nombre de *John Brown*, como aquel pastor protestante, líder de una revuelta liberadora que antecedió a la guerra de secesión en Estados Unidos.

Pero los tiempos habían cambiado: 1918 no fue como 1914, y las distancias entre los dos hombres se habían hecho mayores. Ahora, las grandes victorias que hubieran podido salvar la brecha entre los dos generales, se encuentran ausentes. Los hombres se separan definitivamente, y el general Ángeles se dedica a vagar por las montañas de Chihuahua hasta que, traicionado por su propia escolta, es capturado y, en una farsa de juicio, es condenado a muerte. En consonancia con su carácter, su último pensamiento lo dirigiría a su esposa Clarita (Clara Kraus): “Mi espíritu se encuentra en sí mismo y pienso con afecto intensísimamente en ti...”, escribiría (Carta de Felipe Ángeles a Clara Kraus [1919], citado por Osorio, 2008:195). El general tenía razones para sentirse tranquilo; él mismo había aceptado su posible destino con anterioridad, como se desprende del siguiente texto:

Me hice reo de dos enormes delitos: el de haber sido factor implacable contra el huertismo y el de haber arrancado la careta democrática de Carranza [...] Sepan que en el desierto pasaré mi vida entera antes que inclinar la frente. O que moriré ahorcado de un árbol a manos de un huertista o un carrancista, por el delito capital de odiar las dictaduras; o que algún día colaboraré con éxito en conquistar la libertad y la justicia para todos, aun para ellos [Ángeles, 2008:253-254].

Villa viviría en su ley hasta la muerte. Él continuaría la rebelión, ahora convertida en guerra de guerrillas, en los estados septentrionales del país durante cinco años más; en ese tiempo nunca dejaría respirar tranquilo al gobierno constitucionalista. Además, como si no bastara encarar un enemigo solo, se daría el tiempo de invadir Estados Unidos y generar un grave incidente internacional. Esta resistencia desesperada contribuiría a alimentar su leyenda, oscurecida a ratos por una barbarie elemental, la misma que contribuyó a crear la insalvable distancia con el general Ángeles. A pesar de esto, el pueblo nunca lo abandonó, como lo ratifica el hecho de que, durante la expedición punitiva y a pesar de la fuerte recompensa que pendía sobre su cabeza, nunca fue delatado. Al final se rinde a Adolfo de la Huerta y se retira a Canutillo para hacer una vida cercana a la idílica colonia militar que alguna vez confesó a John Reed.

Por supuesto, sus gustos acompañarían a Villa por el resto de su estancia en este mundo: mujeres, comida, armas y también el suelo norteño: “A mí me gusta Parral hasta para morirme”, dicen que Villa dijo alguna vez. Y sus enemigos se apresurarían a cumplirle su gusto. Sin embargo, antes de morir tendría un último gesto de deferencia hacia su amigo y compañero: Villa, que era un fanático de todo lo que oliera a escuela –quizá porque nunca asistió a una– bautizaría a la que construyó en Canutillo, motivo suyo de especial orgullo, como Felipe Ángeles (Taibo II, 2006:789).

Visto a la distancia, parece no quedar mucho de la revolución de la División del Norte. La facción vencedora no sería la de los ejércitos populares integrados por el villismo y el zapatismo. No, la vencedora sería aquella representada y guiada por un rico terrateniente de Coahuila y por un grupo de generales sonorenses que finalmente acabaría traicionándolo para hacerse al poder; aquella facción que, más que un cambio en el orden social, buscaba la modernización del sistema productivo con la instauración de una nueva burguesía. El ciclo se cerró donde empezó. Ningún cambio, ninguna comunión, ninguna evolución. Los principales

jefes de la División del Norte fueron vituperados oficialmente (en el caso de Villa) o intencionalmente ignorados (en el caso de Ángeles) hasta el punto casi de borrar su recuerdo. Queda, sí, por supuesto, la División del Norte como un símbolo de resistencia en el tiempo, expresado en tantos corridos; más aún, sigue siendo un símbolo vivo: aún hoy, a casi cien años del inicio de la Revolución y noventa de su rendición, muchos movimientos sociales buscan sentido y legitimidad en su nombre. La División del Norte continúa siendo un símbolo de esperanza para ciertos sectores en el México moderno y de claro temor para otros. Así se explica, entonces, que el mejor referente de la vitalidad del villismo sea la acritud con la que ciertos intelectuales declaradamente de derecha continúan, cien años después, escribiendo y denigrando al movimiento norteño y su dirigente.

Y queda también una estampa, significativa y bella por puro original. Es una fotografía, atribuida a Casasola, en la cual se puede observar la vanguardia de las fuerzas zapatistas y villistas que entraban vencedoras en la ciudad de México, el 6 de diciembre de 1914. Paco Ignacio Taibo II se toma el trabajo de identificar a los generales que la encabezan: Montaño, Buelna, Urbina, Zapata, Villa, González, Fierro y Aguirre Benavides. Antes de la guerra, ellos eran, respectivamente, un maestro rural, un estudiante, un cuatrero, un caballerango, un bandolero, un campesino, un maquinista de tren y otro campesino. Como bien hace notar Taibo II —eterno enamorado del pueblo—, nadie puede explicar la Revolución mexicana si no explica antes esa foto, imagen de una revolución que trasciende en la historia mundial por la casi total carencia en sus filas de las clases medias altas y de intelectuales de profesión. Esta foto es una locura, es el carnaval hecho realidad, desafío directo al orden establecido; un espíritu de rebelión que el tiempo, la modernidad y el pragmatismo poco a poco erosionan.

Una imagen así no nos habla de una revolución caótica y sin ideas como menciona Paz. Porque es pertinente recordar que, si en la vanguardia se encontraba Villa, literal y metafóricamente hablando, detrás de ella se encontraba Ángeles. Al final, quizá y sólo quizá, la herencia real de estos dos generales sea esta imagen tangible, portadora del mensaje esperanzador para una noche oscura de que la unidad en la exasperante heterogeneidad mexicana es, después de todo, un sueño posible.

BIBLIOGRAFÍA

- Ángeles, Felipe (2008), "Autodefensa [1916]", en Adolfo Gilly (comp.), *Felipe Ángeles en la Revolución*, Era, México.
- Gilly, Adolfo (1999), "El guerrero y la distancia", *Letras libres*, abril, México.
- Katz, Friedrich (1998), *Pancho Villa*, Era, México.
- Osorio, Rubén (2008), "General Felipe Ángeles: Consejo de Guerra y fusilamiento", en Adolfo Gilly (comp.), *Felipe Ángeles en la Revolución*, Era, México.
- Rosas, Alejandro (2002), *Felipe Ángeles*, Planeta de Agostini, México.
- _____, *Ángeles entre la guerra y la conciliación* [<http://www.presidencia.gob.mx/mexico/sabiasque/?contenido=27716&pagina=1>].
- Taibo II, Paco Ignacio (2006), *Pancho Villa. Una biografía narrativa*, Planeta, México.